
La patria y la nación en el discurso de José María Tornel, 1821-1852

María del Carmen Vázquez Mantecón

INTRODUCCIÓN

Patria, nación y todos sus derivados, fueron más que palabras, sentimientos persistentes en el discurso cotidiano de los criollos durante la primera mitad del siglo XIX en México. Ellos hicieron suya una tradición novohispana que hizo *patria* en el territorio heredado por derecho de conquista, a la que le cantaron por su grandeza, y dotaron de símbolos de identidad que sintetizaban la tradición occidental con aquella de los primeros habitantes, que desde su diversidad, convivían en el territorio que durante tres siglos se llamó Nueva España. Esta tradición formó parte de los criollos decimonónicos, que no dudaron en nombrar a su *patria* como *nación*, en consonancia con el lenguaje de la modernidad, aunque dividieran su opinión en cuanto a la definición de esa nueva manera de ser. Mientras unos decían que su origen estaba en la independencia, (si bien entre ellos dudaban si el honor se debía a Hidalgo y a sus masas, o a Iturbide y a su ejército disciplinado), otros, intentaron avalar una fundación que incluía su propia historia criolla y que designaba el origen en el momento en que la Nueva España existió por las hazañas de Hernán Cortés. Aunque no todos se referían a lo

Agradezco a mis colegas del Seminario La Formación del Estado Nacional sus atinadas críticas y sugerencias: Alfredo Avila, Luis Bernal, Erika Pani, Enrique Plasencia, Itzel Rodríguez, Elisa Speckman, Mario Vázquez y Fernando Vizcaíno, y asimismo al Dr. Felipe Castro.

Tiempos de América, n°1 (1997), pp. 131-140

mismo cuando nombraban a la *nación* y a la *patria*, compartían muchos de sus múltiples significados, porque reconocían símbolos comunes asociados a esos sentimientos.

Muchas versiones señalan como los promotores de la cultura oficial en México, a los “intelectuales” de la República Restaurada hacia 1867, y además sostienen que el rango de *nación* se alcanzó a partir de entonces. La tradición historiográfica ha insistido en que durante la primera mitad del siglo no fue posible crearla por la heterogeneidad humana, por el contraste social y económico, por la falta de capital y las grandes deudas públicas, por la desorganización de las minas, campos e industrias y en suma, por la existencia de diversos intereses. En nuestro tiempo casi nadie pone en duda que hemos alcanzado el nombre de *nación*, pero yo me pregunto si hemos resuelto los problemas que, según algunos, le impidió tener ese “rango” en la época de sus caudillos criollos. Los estudiosos de la *nación* nos han demostrado cómo la *nación* es producto de sociedades estatizadas, esto es, en las que existe un conjunto de instituciones de gobierno a partir de una soberanía. Los políticos mexicanos que tuvieron la tarea de forjar a su *nación* durante la primera mitad del siglo XIX en México, debatieron intensamente entre dos corrientes de opinión, la liberal y la conservadora; sin embargo, en cada proyecto político que intentaron había sin duda una idea de Estado, fuera éste republicano o monárquico, federalista o centralista, dictatorial o democrático, con el que todos asociaron un concepto de *nación* promovido en buena medida por sus hombres de acción que muchas veces eran al mismo tiempo sus “intelectuales”. El que se ha llamado sentimiento *nacionalista* mexicano, cuenta también entre sus antecedentes al período que corre desde la expulsión de los jesuitas en 1767 a la pérdida de medio país en 1848,¹ aunque ese sentimiento fuera compartido por una minoría. También se ha aceptado que seguían siendo muy pocos los que participaban de esos afectos cuando estaba por concluir el siglo XIX, a pesar de atribuirle a su segunda mitad la conjura de los males que impedían su florecimiento.² La historiografía ha contribuido en buena medida, a forjar el mito de una *nación* consolidada a partir del triunfo de los liberales, doctrina fundamental del Estado mexicano contemporáneo. Aunque muchos critiquen a la historia *patria* porque resalta los ideales sociopolíticos de los héroes de la Independencia y de la Reforma y no la verdad histórica, sigue viva la idea de que su escritura debe contribuir a la unidad nacional y la de que el *nacionalismo*, aunque es un producto artificial, es una fuerza positiva.³ Es reciente el interés por revisar muchos conceptos que nos ha traído la modernidad. Nuestro fin de siglo escucha nuevas propuestas para superar las grandes crisis que agobian a casi todas las *naciones* del planeta, que coinciden en la necesidad de dar lugar a las voces que insisten en que sea respetada y reconocida su “diversidad”. Como dice Ilán Semo, los historiadores han compartido “el síndrome de inventar un espejismo de *nación*”, que está totalmente de acuerdo con las necesidades ideológicas y culturales del Estado-*nación*

¹ Luis GONZÁLEZ, “De la historia nacional en México”, en *La cultura nacional*, UNAM, México, 1984.

² David R. MACIEL, “Los orígenes de la cultura oficial en México: los intelectuales y el Estado en la República Restaurada”, en Roderic A. CAMP, Charles A. HALE, Josefina VÁZQUEZ (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México-UCLA Latin American Center Publications, México, 1994.

³ Luis GONZÁLEZ, “De la historia nacional...”, y Josefina VÁZQUEZ, *Nacionalismo y educación en México*, El Colegio de México, México, 1975. Hay que señalar que estos autores hicieron grandes aportes en la identificación del proceso de la formación de la nación.

contemporáneo,⁴ y cuya razón de ser ha sido homologar el enorme rompecabezas que se había constituido desde tiempos milenarios. Sin embargo, esa “enorme cruzada” ha culminado en México en un proceso inacabado, lleno de incidencias, en donde no ha dejado de manifestarse la “resistencia silenciosa de las identidades particulares”.⁵ Ese proceso unificador se inició sin duda desde antes de que México lograra ser independiente de España y a partir de 1821 cobró nuevos bríos. Tanto liberales como conservadores, se propusieron integrar a las que los evangelizadores llamaron naciones indígenas, por medio de la propiedad individual, de la lengua castellana, de la centralidad política, y de la religión católica. Desde entonces se crearon símbolos claves de nuestro *nacionalismo* -la bandera y su escudo, la fiesta del “grito” el 16 de septiembre, el himno *nacional*- y se reforzaron otros del ámbito religioso -la Guadalupana. Estos hombres dieron al territorio en el que nacieron un nombre y nuevos límites, pero sobre todo, gestaron un lenguaje y una manera política de ser que sigue vigente hasta nuestros días.

La historia del poder ha contado siempre con personajes que no ocuparon el primer puesto, pero que tuvieron un lugar privilegiado al lado de las grandes figuras como sus ayudantes, consejeros y apologetas. El caso mexicano no es la excepción, y en sus anales se registran muchos nombres que dan cuenta de esa tradición. Uno de ellos es el de José María Tornel y Mendívil, personaje de esa estirpe. Su vida transcurrió entre 1795 y 1853, y de esos años, más de treinta los dedicó a la política en la que se mantuvo activo, a pesar de las múltiples borrascas que alejaban a muchos del poder por largos períodos.⁶ Desde el momento en que se indultó como insurgente arrepentido, inició una meteórica carrera política que lo vinculó con el joven Antonio López de Santa Anna y gracias a éste, con el libertador Agustín de Iturbide. A partir de entonces, supo colarse y procuró estar muy cerca de casi todos los presidentes de su tiempo. A unos les sirvió como secretario, a otros como redactor de discursos y proclamas, y a casi todos como orador oficial, consejero, alborotador y funcionario. Su éxito lo debió a que alternó su quehacer político con la escritura y a su ascenso en el ejército, en el que sin pisar casi los campos de batalla, tuvo poderosa influencia. En estos oficios era hábil -baste mencionar que en muchas ocasiones se alabó su “bello decir”. En sus páginas y en la antecámara de sus jefes, siempre manejó una lógica simple, cuyos axiomas tenían la misma respuesta: si el poder llegaba a fallar, no era por su culpa, sino por la de los males de la sociedad. Sin embargo, aunque sirvió a muchos caudillos, el más significativo en su vida fue Antonio López de Santa Anna, al que identificó con la nueva manera de entender a la nación y a la patria. En esta ocasión trataré de dar cuenta del significado que esto tuvo en el decir y en el quehacer de José María Tornel, quien fue uno de los promotores de esa religión moderna y un generador de afectos, que apuntaron a la formación de lo que en nuestro siglo se ha llamado el nacionalismo mexicano.⁷

⁴ Ilán SEMO, “¿Del Estado-Nación al Estado Mosaico?”, en *La Jornada del Campo*, miércoles 26 de marzo de 1997.

⁵ Ilán SEMO, “¿Del Estado-Nación al Estado Mosaico?”

⁶ En un anexo, ofrezco a los lectores un apretado resumen de su azarosa vida pública, que incluí también en “El discurso de un patriota a propósito de la independencia y de su heroe”.

⁷ Este trabajo es fruto de una investigación más amplia, que desde hace varios años he dedicado a este político y a su discurso. En prensa se encuentran los siguientes resultados: *La palabra del poder. Vida*

La voz *patria* y sus derivados, provienen todas del vocablo *padre*. Desde el segundo cuarto del siglo XV, patria quería decir la tierra de los padres. Dos siglos después, el *Diccionario de Autoridades* definía a la *patria* como el lugar, la ciudad, o el país en el que se había nacido. Esto no dejaba atrás el hecho de que ese lugar de nacimiento, estuviera donde estuviera, era siempre la tierra de los padres. Todavía en las primeras décadas del siglo XVIII, *patrimonial*, *patrimonio* y *patrio*, se seguían relacionando con lo que pertenecía al padre o provenía de él. *Patriota* y *compatriota*, eran sinónimos y nombraban al que era, con respecto de otro, de un mismo lugar, ciudad o provincia. La revolución en Francia dotó a la voz *patriota* de un nuevo significado, que tenía que ver con el amor a la patria y con la procuración de su bien, pero también con las nuevas doctrinas y las fidelidades políticas. Y esto también lo heredaron los criollos americanos que lograron la independencia en los albores del siglo XIX.

El *Patriota* fue uno de los primeros pseudónimos que usó José María Tornel en un escrito de juventud. Fue también de los que hablaba sin cesar de el *grito de la patria* para referirse al parto que para él fue la independencia. Al pedirle un ascenso a Iturbide, le dijo que podía acreditar que él había sido un *patriota* constante en la guerra insurgente. Al margen de la petición, Santa Anna lo recomendó al avalar que Tornel era buen amigo de la *patria* y que tenía buena disposición y *patriotismo*. Una vez que obtuvo el nuevo grado, en un discurso conmemorativo, Tornel llamó a don Agustín *redentor de la patria*. Por sus cambios de bando, desde el principio de su carrera se vio en la necesidad de recordarle a sus críticos que él había postergado todo por *el dulce sentimiento de la patria*. Con artimañas, logró en 1824 ser reconocido entre los que lucharon desde la primera guerra de independencia, y que se autonombraron antiguos patriotas. En los discursos que escribió a Guadalupe Victoria, la *patria* era sinónimo del ser americano, y los miembros del ejército eran sus fundadores.

En todas las ocasiones que fue nombrado para un puesto público, Tornel se definió como un consagrado absoluto al servicio de la *patria* y decía que por el bien de ésta, se hacían todos los cambios políticos. En alguna ocasión llegó a decir que aunque había sacrificado su reputación, lo había hecho “en obsequio de sacar ventajas para su *patria*”. Desde 1833 se definió como un político que siempre sirvió a la *patria* y no a los hombres. Sin embargo, la apología que hizo de ellos lo desmintió, aunque no se cansó de repetir que Santa Anna fue el que asoció un nombre ilustre a los fastos de su noble *patria*. Como ministro de Santa Anna, manifestó en público que éste caudillo era un obsesionado en ideas y sentimientos en favor de la *patria*, y recordó, que fue el que detuvo sus miserias y le restituyó con “usura” su gloria y esplendor, porque era un *patriota* y liberal, representante de la opinión de las masas que lo reclamaban como su salvador.

Sin embargo, desde 1825, los opositores de Tornel decían que era un hipócrita que usaba a la *patria* para hacer fortuna, y que no era más que un pseudopolítico que conspiraba a su ruina. Por su ambigua participación en los sucesos que llevaron a Guerrero

pública de José María Tornel, 1795-1853, “El discurso de un patriota a propósito de la consumación de la independencia y de su héroe”; “Las Bases Orgánicas y la danza de los caudillos en los cuarentas”; y un ensayo titulado “José María Tornel y Mendivil” que se refiere a su producción historiográfica.

al poder, fue llamado inconstante con su *patria* y al ser culpado por el golpe a los congresistas de 1842, sus críticos dijeron que su patria era el “pansismo”, aludiendo a su engordada fortuna. Hacia el final de sus días, él que era tan *patriota*, no permitió que los alumnos de Minería salieran a la verbena del “grito” de la independencia, a pesar de que en su solicitud, le exponían que “era un día de verdadero regocijo, para todos los mexicanos que amaban las glorias de su *patria*”, porque quería que al día siguiente se levantaran temprano para que asistieran a la ceremonia oficial. En su vejez, Tornel intentó exculparse de muchos hechos que ponían en duda su patriotismo. Escribió entre 1851 y 1852 una *Breve Reseña Histórica...* en la que dijo que repitió que él fue un fanático por conservar una buena reputación entre sus *compatriotas* y que quería para él el concepto de honrado y de *patriota*, porque siempre fue un amante de la *patria*. Se pintó como el que muchas veces pidió a Dios que la protegiera, e insistió que sólo pensó en servirla porque lo único que él había querido era su salvación. Para José María Tornel, el honor de cualquier ciudadano era propiedad de la *patria* y por eso él creía que había conjurado los males que la amenazaban con firmeza. Recordó que había sacrificado muchas veces su amor propio en aras de la *patria* y que su mayor satisfacción era que se descubriera que la había servido bien, por una “necesidad invencible”.

EL NUEVO NOMBRE DE LA PATRIA

La voz *Nación* se deriva de nacer y es una palabra que se emplea desde el siglo XV. La tradición recuperada por el *Diccionario de Autoridades* hacia 1726 da cuenta de que muchas veces se decía *nación* en lugar de nacimiento. Sin embargo, la *nación* era también “la colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino”, con lo que nombraban una enorme variedad de naciones que habitaban su mundo. Lo *nacional* definía a lo propio de una *nación* o natural de ella y la *nacionalidad*, a la afeción particular de alguna *nación*. Los Estados *nación* hundieron sus raíces en el siglo XVII, pero fue con Sieyés y Rousseau al comienzo de la revolución en Francia, cuando el concepto *nación*-derivado ahora de un Estado- adquirió su sentido moderno: se convirtió en un vehículo legítimo de la voluntad general, que tenía que ser unitaria e indivisible, en donde la representación nacional fue la encargada de interpretar la voluntad de la *nación*.

Heredera del nuevo lenguaje, la idea de *nación* de Tornel estaba íntimamente ligada con la de *patria*, aunque también con sus nuevos significados. A un mes de la entrada del ejército trigarante en la ciudad de México, sostuvo en un discurso público que la independencia estaba asegurada, pero no la felicidad de la nueva *nación*. Le parecía entonces que Iturbide era de los hombres que honraban a las *naciones* y que era indudable que en 1821 se había dado el triunfo de la causa *nacional*, porque para él, la soberanía era la misma en México que en España. Dos años después, ante el fracaso del imperio, explicó que fue la *nación* la que escogió el sistema federalista, y manifestó que en la república se encontraban todos los elementos para su engrandecimiento y prosperidad.

Tornel siempre repitió que no hizo otra cosa que trabajar por el honor de su *nación*. Decía que ésta lo había distinguido con un empleo militar, y que era ella la que le pagaba un sueldo para morir por su causa. Estaba seguro de que los gobernantes eran meros depositarios del poder, y que con los empleos, sólo se servía a la *nación*, que era la que sobrevivía al encumbramiento y a la ruina de los ídolos populares. Escribió en un discurso para Santa Anna que era aquella la que distinguía con su confianza a los políticos,

y que el pueblo era la única fuente de autoridad y de poder, por cuya voluntad se conferían puestos de sublime honor a quienes se declaraban obedientes a sus mandatos.

Tornel sostuvo que la defensa era natural y lícita a las *naciones*, y consideraba que el ejército era el baluarte organizado que le había dado libertad a la mexicana. Estaba seguro de que las *naciones* que vivían la guerra como una ciencia sujeta a reglas, contaban con ejércitos respetables en número y en educación. Le parecía que los levantamientos del pueblo en masa eran insuficientes para su defensa. Para él, la fisonomía de las fuerzas armadas era la de su *nación*, y afirmó que el pueblo mexicano era “genialmente belicoso”, porque la naturaleza le había dado cualidades guerreras.

A la voluntad de la *nación* recurrió muchas veces para justificar los numerosos cambios políticos de los que fue parte activa. Pensaba que los gobiernos eran para las *naciones*, y no las *naciones* para los gobiernos: La *nación*, pontificó, tiene el augusto y preeminente derecho de darse leyes fundamentales y de cambiarlas a su buen placer. Por eso pudo vincular con el éxito de ella tanto a Antonio López, como a Anastasio Bustamante, como a Mariano Paredes. En su escrito sobre Texas, dijo que México era una *nación* inexperta, que por obsequiar a los Estados Unidos, sacrificó sus creencias y sus tradiciones. En un discurso público en 1840 que conmemoraba la independencia, propuso reflexionar sobre cuál había sido la suerte de México que comenzó a existir en el 16 de septiembre de 1810 y que hasta el momento, no había hecho más que sumar desventuras. Se refirió al infortunio de las *naciones antiguas* del continente americano. Pensaba que aunque la mutilada *nación* mexicana vivía todavía, su vida era un suplicio de treinta años de padecimientos. Recordó los pasos vacilantes e inciertos que había dado desde los albores de su existencia política. Creía que las *naciones*, como los hombres, estaban sometidos irrevocablemente a la debilidad de la infancia, al ardor e ilusiones de la juventud, a los vicios reflexivos de la edad madura y a la flaqueza y miserias de la ancianidad. Por eso no dudaba que el aprendizaje de ser *nación* no tenía antecedentes, y que los desvaríos eran inevitables en las sociedades modernas. Confesó que no era un enemigo apasionado de la revolución francesa, pero no quería ni su gloria ni su ignominia para el suelo que lo vio nacer. Pidió que antes de vituperar, se compadeciera a pueblos inexpertos que imitaban por desgracia, las faltas y delirios de los pueblos más añejos.

Citó a Montesquieu para demostrar cómo en el gobierno republicano se encontraban todos los elementos para el engrandecimiento y prosperidad de la *nación*. El sistema republicano le parecía el más conforme con la igualdad primitiva y con la dignidad de la especie humana. Propugnaba por que no se impidieran los progresos de la sana razón y por que los privilegios no menoscabaran los intereses comunes. Quería que la república no se convirtiera en *patrimonio* de clases exclusivas y que los ciudadanos fueran baluartes de la independencia y la libertad, pero también un apoyo invencible de los derechos de la *nación*, para que pudieran convertirse en un modelo perfecto de moralidad política. Se refirió a la enorme responsabilidad de los que tenían en sus manos la dirección de la *nación*, que podía morir si no se empleaban grandes esfuerzos para salvarla. Le parecía cosa extraña que se hubiera conservado la “trabajosa existencia *nacional*”, pero tenía esperanza de que todavía podía fundarse un “reinado pacífico de costumbres” uniendo intereses y aspiraciones políticas. Invocó a Hidalgo, Morelos e Iturbide, como los genios tutelares y augustos de la *nación* porque creía que todos los males se debían a que los mexicanos se habían apartado del *espíritu patriótico* que llevó a esos héroes al martirio. Concluyó subrayando que la salvación de la *nación* estaba en la consolidación

y el triunfo de la república, además del genio, la fuerza de carácter de los mexicanos y la confianza en Dios.

SANTA ANNA EL MÁS NACIONALISTA

Durante la primera mitad del siglo XIX y en concordancia con la modernidad, muchas instituciones tuvieron un nuevo apellido, esto es, agregaron a sus nombres el adjetivo *nacional*. Así llamaron a la vieja plaza de armas, a las milicias, a las guardias, a la Gran Logia, al palacio de gobierno, al congreso, al museo, a los fondos, a la Orden de Guadalupe, al voto, a la seguridad, a la Junta que redactó las Bases Orgánicas, al Colegio de Minería, y entre otras cosas, a las guerras contra Texas y Yucatán, y contra los indígenas de Oaxaca que llamaban del Sur. Sin embargo, el carácter que se decía *nacional* de la política de entonces y que más bien podríamos calificar de populista, fue mayor en los períodos en los que Antonio López de Santa Anna ocupó el poder y en los que Tornel fue su apologeta.⁸ Los mexicanos supieron por un decreto, que había sido Antonio López, en las riberas del Pánuco, el que había afianzado la independencia *nacional* el 11 de septiembre de 1829, y que mientras él estuviera en el poder, cada 11 de septiembre, sería día de fiesta y de regocijo para la *nación*. Santa Anna fue en definitiva, el que traería según Tornel, ventura para ella porque buscaba colocarla en el “justo medio”, una vez que derrotó a su opositor Anastasio Bustamante en 1841. Tornel repitió muchas veces que sólo los que no tenían *sentimientos de nacionalidad*, se atreverían a criticar la conducta del gobierno de Antonio López, y le atribuyó esos afectos, por los que estaba seguro, era llamado en todas las crisis políticas. Pero él no fue el único que vinculó a Santa Anna con la suerte de la *nación*. El presidente Valentín Gómez Farías recibió una carta firmada por Ventura de Mora quien hacia 1847, pensaba que aquella no tenía otro puerto de salvación que la dictadura del general Santa Anna, quien decía, podría convertirse -por considerarlos “históricos y modernos”- en un Rosas o en el emir árabe Abd El-Kader. Antonio López lograría durante su último gobierno, consolidar una dictadura muy propia, que sin dejar de ser moderna e histórica, se convirtió en una especie curiosa de monarquía republicana, fórmula que sería perfeccionada por los principales gobernantes del México de la segunda mitad del siglo XIX.⁹

En ese mismo año de 1847, Pedro María Anaya, presidente en turno, en carta a Antonio López, decía estar seguro de que la mejor manera de combatir la apatía de los mexicanos frente a la guerra, estaba en el fomento del fervor político y religioso, porque generaba en las naciones grandiosos resultados: “*Patriotismo* en unos -dijo-, piedad en otros, y fanatismo en muchos, producirá la uniformidad de opinión sobre la guerra”, que consideraba tan necesaria en esas circunstancias críticas. En su renuncia espontánea a la presidencia de la República el 16 de septiembre de 1847, Santa Anna vio a ese día como “funestísimo” para la *nación*, porque el enemigo se hizo dueño de la capital. Sin embar-

⁸ Para conocer también a los demás apologetas de Antonio López, ver WILL FOWLER, “El pensamiento político de los santanistas, 1821-1855”, ponencia presentada en el Congreso *Historia y Nación*, Homenaje a Josefina Z. Vázquez, El Colegio de México, México, 1997.

⁹ Enrique KRAUZE señala en *Siglo de caudillos* (Tusquets, Barcelona, 1994) cómo la síntesis de la vida monárquica con las formas republicanas fue heredada al siglo XX.

go, recordó a los mexicanos que al recibir el poder como al dejarlo, no había aspirado más que al bien de su cara *patria*. Estaba seguro de haber cometido errores, pero más de que sus deseos no conocieron otro estímulo “que el noble de sostener el rango de la *nación*”. “¿Qué importan las desgracias, se preguntó, si el infortunio es el crisol de las *naciones*?” Creía que nunca iba a ser más grande la mexicana, que cuando luchara con un destino al que había que arrancarle una victoria que Dios y la justicia le prometían.¹⁰

Los caudillos que pugnaron por el poder durante la primera mitad del siglo XIX, se disputaron el honor de haberla hecho soberana, aunque fue Santa Anna -en buena medida gracias a Tornel- el que reivindicó para sí mismo y frente a ella, los máximos honores como constructor de la *nacionalidad*.

EPÍLOGO

Tornel sentía orgullo de pertenecer a un siglo religioso que había reparado la inmoralidad y los extravíos de la razón. Al llegar a viejo, pensaba que México debía a la religión católica la creación de su pueblo, porque era una religión que sostenía el cuerpo entero de la ley natural, y por que es la que iba a reparar con creces todos los quebrantos que padecían los mexicanos. Religión católica, lengua castellana, educación, propiedad privada y favorecimiento de la Divina Providencia, aunado a un ejército numeroso, serían los medios del éxito de la *nación*. También por esos años pontificó que la fiesta del 16 de septiembre era la de la “Gran Familia Mexicana”. Sin embargo, todos los santanistas y en especial Tornel, fueron acusados de haber arrastrado a la *nación* un abismo, por lo que en su último escrito histórico-autobiográfico que intentaba ser una breve reseña histórica de su *nación*, se dedicó a defender su honor, que vinculó con el de ella. Aunque la llamó *infortunada*, en su relato Tornel y la *nación* se convirtieron en los personajes principales de un romance lleno de aventuras y enemigos, con un héroe definitivo -Antonio López de Santa Anna- en cuyo relato quiso dejar claro que Tornel no había hecho otra cosa que amarlos y servirlos y con la cual fundió su propio deseo de salvación.

A la misteriosa muerte de Tornel -que se produjo el 11 de septiembre de 1853, el mismo día que Santa Anna reclamaba para él la gloria como el defensor de la independencia que había hecho posible su *nación*- dijeron en *El Siglo Diecinueve* que don José María había sido un defensor de la *nacionalidad* y uno de los primeros *patriotas* que luchó por la insurgencia, si bien Santa Anna no asistió a los funerales. Publicaron también un verso que le escribió el eclesiástico Manuel Moreno y Jove, en el que se leía que “la *patria* lo colocaría en la gloria en un trono refulgente, para que viva eternamente”. Aunque su memoria trascendió un tiempo, fue condenada al olvido por la nueva generación de mestizos que ocupó el poder, y que a través de sus “intelectuales” generó la versión de que los originarios creadores de la *nación* eran los liberales que derrotaron a Maximiliano. Sin embargo, si bien los criollos hicieron suya a la *patria* y a la *nación*, se olvidaron del enorme mosaico de intereses que nunca formó parte verdaderamente de esa

¹⁰ *Latin American Manuscript Collection, Texas University*: Fondo Gómez Farías, Papeles de Antonio López de Santa Anna de la Colección Genaro García y Collections of the Manuscript Division, Library of Congress.

idea de unión, salvo en las ocasiones en que eran movidos por el fervor o por el fanatismo, y lo mismo hicieron los liberales de la restauración a partir de 1867.

Los criollos estaban seguros de ser verdaderos *patriotas* y esto lo medían en la gran cantidad de veces que vincularon su nombre con la *patria-nación* a lo largo de su activa vida pública. Es verdad que el *patriotismo* es el amor a la *patria*, pero éste no sólo es un sentimiento sino también una conducta. Por su *espíritu patriótico*, Hidalgo, Morelos e Iturbide fueron al martirio, y quizás por haberse apartado de ese espíritu, México sumaba muchos males. Entre estos, estaba el haber conocido y soportado a políticos que se sentían *patriotas*, pero que terminaron en *patrioter*os, por alardear, presumir y hacer ostentación de su *patriotismo* y de un amor a una *patria* de la que no fueron precisamente sus mártires sino sus beneficiarios. Aunque en el siglo de Tornel y de Santa Anna no se empleaba todavía el concepto de *nacionalismo*, lo que lo ha llevado a ser actualmente, tiene sin duda raíces y vínculos con los sentimientos de aquellos criollos que modernizaron la manera de entender a la *patria*. Tornel brilló por haber sido un promotor de esa religión moderna que generó afectos tales, que apuntaron sin duda a una manera peculiar de ser *patriota* y *nacionalista* en numerosos discursos en favor de la soberanía del pueblo, mientras aspiraba a que éste no ejerciera por sí mismo este atributo. A partir de la independencia de la *Madre Patria*, Tornel fue uno de los forjadores del nuevo discurso, que hablaba y habla todavía de la necesidad de dar unidad a la diversidad, en esa nueva fe que ha tenido por divinidades a la *nación* y a la *patria*; que busca perfeccionar al nuevo ciudadano y que interpreta de acuerdo a sus necesidades a una *voluntad* de la *nación*, que hasta ahora, ha sido sólo la de sus promotores. Fue la misma intención que guió a Benito Juárez y a Porfirio Díaz. Sin embargo, a casi dos siglos de este intento, la presencia de intereses diversos que nunca pudieron ser homologados, y que han sido más bien marginados, pone sobre la mesa de los debates la necesidad de una transformación del mismo Estado, en el que verdaderamente se representen todos los intereses de la sociedad, y cuyo principio sea el respeto a la dignidad de las diferencias, del enorme mosaico que somos todavía los mexicanos.

ANEXO: BREVE RESUMEN DE LA CARRERA POLÍTICA DE JOSÉ MARÍA TORNEL

Antes de que Antonio López le abriera las puertas de la política al nombrarlo secretario en 1821, Tornel ya se había postrado ante el virrey Calleja como un insurgente arrepentido. Después de una temporada en un seminario poblano, conoció a Santa Anna, quien lo nombró su secretario. Ambos decían por esas fechas que eran amigos y compañeros. Como a Antonio le gustaron las proclamas victoriosas que le escribía José María, le dió amplios poderes para que lo representara en todo tipo de negocios y lo recomendó con Iturbide. Este lo ascendió en el ejército y lo nombró orador oficial de la primera conmemoración independentista. José María se convirtió entonces en el defensor público del libertador y luego justificó la coronación de Agustín I. Fue cuando obtuvo sus primeros ascensos en el ejército. Sin embargo, al caer Iturbide, fue de los más entusiastas defensores de la república y la federación.

Guadalupe Victoria lo nombró secretario privado y luego, cuando fué presidente, permitió que creciera su influencia. La oficina de Tornel en Palacio era la más concurrida, además de que escribió todas las proclamas, manifiestos y discursos del presidente. Victoria lo designó gobernador del Distrito Federal, y Tornel asumió el cargo sin perder

su influencia como diputado con una "licencia" que le permitió seguir asistiendo a los debates de la cámara. Victoria no pudo evitar que Tornel cayera como gobernador. A pesar de que contribuyó a desorganizar la ciudad con motines populares, al mismo tiempo se presentó ante Victoria como el que podía lograr la calma, quien logró finalmente rehabilitarlo al frente del gobierno de la capital. Desde entonces Tornel se creía un salvador.

Como masón yorkino trabajó para imponer a Vicente Guerrero y le escribió el primer manifiesto que dictó a la nación. Sin embargo, aunque jugaba al populismo, no lo creyeron así los de la administración y pronto se alejó de ellos. Ante la presión de los yorkinos, Guerrero prefirió negociar la salida de Tornel con una embajada, pocos días antes de que su gobierno fuera derrotado. Tornel se entrevistó con el derrocador Anastasio Bustamante y salió a los Estados Unidos. Allá se presentó como plenipotenciario mexicano, aunque el gobierno provisional le ordenó que no lo hiciera. Trató de convencer a la nueva administración que él era el adecuado y logró el reconocimiento de Bustamante. Intentó ser, sin éxito, el consejero del ministro Alamán. Al poco tiempo lo despidieron porque no confiaban en él, entre otras cosas, por su relación con Poinsett.

Sin dinero, regresó a México y se acercó a Antonio López quien lo nombró gobernador del Distrito Federal, y luego oficial mayor y ministro de la Guerra. De nuevo escribió los discursos de su jefe y se volvió el consejero más importante de los hombres que Santa Anna puso como interinos -Barragán, Corro y Bravo- para poder retirarse a su terruño. También sirvió a Antonio trabajando por imponer el centralismo. Cuando Santa Anna lo abandonó porque desconfiaba de su juego, se aproximó otra vez a Anastasio Bustamante, quien lo nombró ministro de la Guerra y redactor oficial. Sin embargo, Anastasio también lo desairó por ambiguo, aunque lo ascendió a General de Brigada. Al final de esa disputa de caudillos, se reconcilió con el triunfador Antonio quien se convirtió en dictador en una administración en la que Tornel fue nombrado General de División, tuvo el lugar de ministro favorito y dirigió prácticamente toda la educación pública y privada del país. Escribió de nuevo las arengas de Antonio y lo representó en los actos públicos. Sin embargo, como se empezó a sentir muy poderoso y se vio envuelto en una serie de intrigas de agiotistas y de celos, Antonio lo desconoció. Tornel renunció al ministerio de la Guerra y pidió una licencia. Un mes después, como los del nuevo gobierno sospechaban que participó en una sublevación en pro de la federación y de Santa Anna, lo desterraron a servir en el ejército del norte.

Mientras Antonio López estaba en su propio destierro, Tornel se alió a Mariano Paredes, el caudillo que ahora disputaba el poder con Antonio. Al triunfar Paredes, nombró a Tornel ministro de la Guerra, y también para este jefe tuvo un lenguaje apologético, aunque en esa ocasión se cuidó de no publicar nada de lo que dijo. Cuando Paredes cayó, Tornel fue desterrado de nuevo aunque ahora a Tehuacán, por influjo del vencedor Santa Anna. Sin embargo, tardó menos de seis meses en reconciliarse con él, que había vuelto, y lo sirvió durante la invasión de los angloamericanos como su cuartelmaestre general y como gobernador del Distrito Federal. Después de la guerra, se autoexilió en Morelia unos meses y allí se volvió amigo de renombrados conservadores. Como también se decía amigo de los republicanos, alcanzó una senaduría y después hizo campaña por apoyar el regreso de Antonio López en 1853. Volvió a ser su ministro de la Guerra, pero a los pocos meses, murió de forma repentina, cinco meses después de estrenada la última administración del caudillo triunfador de esa media centuria.